

# El General Rafael Reyes

Por Gabriel Henao Mejía

Varón discutido como pocos en nuestra historia, el General Reyes colmó con su corajuda silueta de conductor los primeros diez años de este siglo en la vida colombiana. Pero fue necesario que feneciera la primera mitad de la centuria para que su obra y su estampa recibieran el plebiscito consagratorio de la opinión y se hiciera posible —aunque póstumo— el desagravio que la patria le debía con razón y con justicia.

Tallada en bronce heróico, su figura ha ingresado hoy definitivamente al núcleo de los próceres colombianos, a la teoría de los hombres que sirvieron de veras a la patria y a su grandeza sacrificaron todo cuanto de amable nos ofrece el tranquilo discurrir de la vida. Era recia su voluntad, templada para la lucha y para el mando, para vencer y para someter, para crear y para arrebatarse. La faz dura pero señorial; amplia la frente como el pensamiento; varonil la mirada pero cordial; la contextura somática vigorosa, enhiesta hasta en el trance supremo de la muerte. La mente clara y el espíritu alerta. El corazón siempre en tensa e intensa vocación de servicio. El alma incorruptiblemente diáfana, inmarcesiblemente dispuesta para la fe en Dios y en la Patria. Severo e inflexible en el cumplimiento del deber, disciplinado en la faena y afable en la intimidad, hombre de hogar y caballero íntegro, valeroso y vidente, creador y conductor, estadista y militar, el General Reyes tenía una suma tan envidiable de atributos y un acopio de virtudes tan visibles e insignes, que ni sus más cerreros enemigos de entonces pudieron borrarle ni negarle.

Amaba a Colombia con un amor tan ancho, tan intenso, tan generoso, con un desbordamiento emocional tan íntegro, que toda su vida la consagró al servicio de la patria, ya reincorporando a la soberanía y a la economía nacional los lejanos territorios amazónicos, ya librando victoriosas batallas para imponer la legítima autoridad, ya sirviendo en la diplomacia cargos de ponderosa responsabilidad histórica, ya empuñando las riendas del mando con mano vigorosa y empujando por rutas seguras de progreso y de paz a la nacionalidad, ya —en fin— retirándose del poder sin ofrecer resistencia —que bien pudiera haberlo hecho— y pasando los últimos años de su vida en íntima modestia, en recogimiento ejemplar, perdonando a todos sus enemigos y soñando siempre

con la grandeza de Colombia, cuyo amor mantuvo insomne a través de todas las vicisitudes, en todos los sitios y momentos, así los más amargos como los más egregios. Nunca mermó en su empeño de servir a la patria, no importa que la incomprensión de muchos fuera valla para la total realización de sus propósitos. Toda su obra, todos sus actos, todos sus afanes y desvelos, aún aquellos que mayor motivo de crítica ocasionaron, los realizó con la mira única de servir a la república, de ser leal a los intereses a él encomendados, de corresponder integralmente a la misión confiada por la nación a su genio.

Acaso fue por propia vanagloria que el General Reyes rompió los cauces constitucionales? Acaso fue por amor propio que mantuvo contra el querer de muchos de los hombres de su partido normas administrativas de severa categoría realista? Acaso fue por simple ánimo caudillista que hizo conocer y comprender de los colombianos el valor de la autoridad legítimamente representada en él? Acaso fue por mezquinos odios personales que proclamó y sostuvo gestosamente el imperativo de la concordia nacional? Acaso fue por bajos motivos que afirmó y estableció la necesidad de menos política y más administración en la vida pública colombiana? Acaso fue por vedados menesteres que conquistó la selva, ganó cruentas batallas, entregó pacíficamente el mando y perdonó a sus detractores? Acaso fue en provecho de su propio peculio que sembró la tierra colombiana de nuevos alientos de progreso y enrutó los destinos de esta patria hacia mejores realidades económicas, financieras y comerciales?

Mil días de batalla dejaron esta patria postrada por todos los aspectos. La población menguada, los campos sin cosecha, los espíritus recelosos. Las heridas morales dejadas por la implacable contienda civil aún permanecían sin resañar. Los odios prosperaban y fructificaban entre los colombianos con igual vigor que en la guerra. La situación de vencedores y vencidos no dejaba campo para la reconciliación y en cada pecho colombiano crecía la cizaña del rencor con osada pertinencia. A más de eso, las finanzas de la cosa pública estaban aniquiladas, la industria no existía, el comercio se había extinguido casi totalmente y la producción carecía de brazos y de estímulos. Y como si fuera poco este cuadro caótico, la cobarde amputación de Panamá —a más del dolor íntimo que produjo en los colombianos— amenazaba gangrenar y disolver toda la nacionalidad. En lo moral, en lo económico, en lo social, en lo político, todo en Colombia era desolación y nada indicaba un renacimiento inmediato; ni siquiera la esperanza remota de un movimiento reconstructor de la nacionalidad se hacía visible.

Pero la Providencia tutela el destino de las naciones y en el momento oportuno envía a quienes pueden salvarlas de la destrucción y del caos. Y el General Reyes se hizo presente en el comando de la república. Signos de esperanza y seguridad alumbraron otra vez los caminos de la patria, crucificados de angustia antes, y el optimismo se volcó por todos los lindes del país para ser acicate en la dura tarea de la reconstrucción. Su primera pasión —aunque pasión fue toda la vida y toda la obra del General Reyes— fue la de sembrar de nuevo el amor entre los hijos buenos de Colombia. El —igual que los pocos grandes constructores que han ocupado el solio de Bolívar— pensó primero que de-

hía acercar a los colombianos y robustecer la concordia, borrando audazmente los recelos que quedaron como sedimento de la guerra y meneguando la acerbía tradicional que caracteriza la lucha política de nuestras banderías ideológicas. Y con una tenacidad sin par, con un empeño sin igual, con una tozudez no comparable, fue creando en la república un clima de serenidad, de comprensión, de tolerancia, que fue seguramente el pródromo seguro sobre el cual se cimentó la paz de medio siglo que venimos disfrutando, sin acordarnos nunca de que ella se amasó con todos los sacrificios y desvelos de un hombre genial que mereció más denuestos que elogios en su tiempo, pero que por encima de todo quería servir a la patria para el presente de entonces, pero más para el futuro que adivinó pero no le tocó disfrutar, porque el exilio y el olvido fueron los gajes ofrecidos a su magnífica existencia por el pueblo que él tanto amó y al cual tanto sirvió. Realizada la paz convencional por los hombres de la guerra, al General Reyes correspondió sellar la paz de los espíritus, en la cual vencedores y vencidos son iguales, paz sin la cual nada valen los armisticios y son efímeros preceptos, prontos a derrumbarse, aptos desde el inicio de su vigencia para ser violados.

Realizada ya sobre bases ciertas la concordia nacional, dando a los enemigos políticos posiciones destacadas en todas las ramas del poder y creando para ellos un estatuto de minorías que hacía posible su presencia en los cuerpos colegiados, el General Reyes pensó en grande para servir al progreso nacional y enrutar administrativamente los destinos públicos, superando audazmente los intereses partidistas y salvando con gesto ceñero las vallas constitucionales que en ese instante impedían obrar con eficacia y rapidez y laborar con provecho y certidumbre. Dura la prueba, en verdad, para un pueblo secularmente civilista, legalista hasta el absurdo, apegado a los principios con fervor ejemplar. Dura sí, pero necesariamente conducente, irrevocablemente valedera. Sin ella nada se habría logrado entonces y todavía hoy estaríamos padeciendo los males visibles en aquella época. Sus amigos políticos fueron los primeros en combatirle acremente, pero para quien no tenía otra mira que servir a la república, poca cosa eran en verdad las diatribas de sus compañeros de antes en la lid de las ideas y en el campo de batalla, nada valedera era la crítica, así ella llegara desde el propio flanco suyo, propinada con terquedad cotidiana y con progresiva violencia. Impasible ante los cerrados ataques, seguro de sí mismo como hombre de vertical personalidad, el General Reyes siguió adelante en su empresa, sin temor, sin pausas, sin trepidaciones, sin esguinces, sin complacencias, porque sabía bien que lo importante entonces era obrar, y obrar con energía, administrar y administrar con eficiencia, superar, en fin, todos los escollos, vencer todas las dificultades, arrasar todos los obstáculos, así fuera necesario apelar a fórmulas audaces que provocaran más y más a sus enemigos del momento, pero fórmulas, en último término, que dejaban vislumbrar cada vez más claramente el éxito en el propósito y el logro final acertado en bien de la república.

Por él nuestro ejército es desde entonces ejemplo de honradez y disciplina, es en suma la fuerza moral que protege a la nacionalidad de los enconos banderizos; por él nuestra moneda está saneada y la actividad bancaria es magnífico paradigma de boyancia; por él nuestras

vías ferroviarias y nuestra red carretable es hoy un severo testimonio de potencialidad económica y de estímulo para toda la vida industrial colombiana; por él nuestro comercio es vigoroso y posee organismos que estructuran su desarrollo; por él nuestra agricultura ha alcanzado en este siglo ponderosa realidad y categoría primordial dentro del juego económico colombiano; por él los cuerpos colegiados, los sistemas electorales, las divisiones administrativas y el erario central y el de las secciones corren sobre carriles de seguridad y prosperidad; por él, tanto las iniciativas públicas como las iniciativas privadas recibieron y se mantienen vigorosas, activas, en pleno crecimiento. Con desvelo, con tenacidad, con sagacidad, con amor, el General Reyes —durante su gobierno— intervino en todos los aspectos de la vida nacional y un empujoso proceso de salvación, de seguridad y de paz se hizo presente y permanente en los destinos colombianos. En todos los ángulos de la geografía nacional, en todos los rincones de la actividad colombiana, en todos los sitios del espíritu nuestro, estuvieron y estarán la figura, la obra y el aliento del gran conductor.

A los cien años de su nacimiento —5 de diciembre de 1849— el General Reyes es para los colombianos —sin distingos banderizos— una egregia figura que sirvió denodadamente a la patria con obras perdurables y empresas soberbias. Al promediarse este siglo el General Rafael Reyes es ya —por fin— para los colombianos uno de los pocos grandes hombres de su teoría histórica y sin duda uno de los más bizarros conductores de la patria en este siglo.